

El poder se tiñe de blanco. Una relación de establecidos y marginados en el caso del Apartheid*

Sara Perrig

UNSAM / CONICET

Mail: saraperrig@hotmail.com

La raza, explicación paradójica de un “desarrollo separado”

La procedencia étnica o racial de un grupo es insuficiente para explicitar las figuraciones entre “establecidos y marginados”, aún en aquellos casos en que estos atributos están presentes. La cohesión interna de un grupo, que hace que éste se considere superior a otro, activada por el control social, implica que los diferenciales de poder entre ambos grupos no puedan explicarse exclusivamente en razón de las características singulares de los implicados, sino por los aspectos *figuracionales* de dichos diferenciales que hacen al grado de cohesión interna y control comunal por parte de los grupos implicados.¹

En el caso del Apartheid, el atributo “raza” que parece central a la hora de abordar su constitución, resulta paradójico en tanto, si bien es parte ineludible de su explicación, no permite abarcar el fenómeno

del Apartheid en cuanto tal, esto es, el hecho de que un sistema extremo de segregación, opresión y explotación racial haya podido instalarse en el poder y gobernar un país por casi cuarenta años a partir de estrictas medidas de seguridad. El Apartheid, caso en que la balanza de poder se encuentra ampliamente desnivelada con relación a uno de los grupos, conlleva la necesidad de concentrarse en el tipo de entrelazamiento en el que ambos grupos –blancos y negros– están envueltos y, de allí, poder comprender la supuesta superioridad que dejaron entrever los hombres de raza blanca respecto a la mayoría negra del país²:

De esta manera también en casos en los que existen diferencias en la apariencia física y otros aspectos biológicos, que se tienen en mente cuando se usa el vocablo “racial”, la sociodinámica de la relación entre grupos entrelazados unos con otros en calidad de establecidos y marginados, se determina por el tipo de entrelazamiento y no por unas características que presentan sus miembros de modo totalmente independiente de éste (Elias, 1998: 106).

* Agradezco los aportes teóricos y el incentivo para la realización de este trabajo del Dr. Carlos Belvedere.

¹ Ningún fenómeno histórico puede entenderse por fuera de los individuos que lo protagonizan y constituyen, en la medida en que ningún individuo puede considerarse fuera de la sociedad a la que pertenece y lo engendra. El concepto de figuración, desarrollado por Norbert Elias, permite ver cómo todo cambio en la estructura social supone también un cambio en la estructura de la personalidad y, en este sentido, flexibilizar la presión social que induce a hablar y pensar como si individuo y sociedad fuesen dos figuras no sólo distintas sino, también, antagónicas. (Elias, 1982: 156)

El mecanismo de doble enlace en que ambos grupos se encuentran entrelazados no se explica sólo en términos de raza sino

² Por el Apartheid se definen las categorías raciales: gente de color, blancos e indígenas. Luego se subdivide a la gente de color en malayas, indios, chinos y otros asiáticos. En la pirámide de “categorías humanas” está la raza blanca en el vértice superior y la raza negra en la base, con todas las escalas intermedias.

también de diferenciales de poder. El hecho de que uno de los grupos –los blancos, minoría organizada– presente un grado más alto de cohesión que el otro contribuye a un excedente de poder que refuerza su unión y la posibilidad de excluir de ella a otros grupos. Blancos y negros conforman conjuntamente una figuración del tipo establecidos y marginados, aun cuando los hombres de raza negra, oriundos del lugar, se vean desplazados por una minoría blanca que conlleva a su marginación.

La lucha por el poder empuja a los blancos a conservar y ampliar su superioridad, mientras que los negros, los marginados, luchan por reducir los diferenciales de poder, abatidos por una balanza lo suficientemente desigual como para producir en ellos efectos de paralización: “En tal situación el estigma lanzado por el grupo más poderoso sobre otro de poder inferior, normalmente entra a formar parte de la autoimagen de este último, y por esa vía lo suele debilitar y desarmar aún más” (Elias, 1998: 90).

En términos de Elias, cuantos más factores incitan al grupo de los establecidos a luchar por su superioridad, más es su afán de presentarse como una totalidad única y homogénea que demarca un claro límite entre un “nosotros” (in)quebrantable y un “ellos” reducido a la inferioridad. Los aspectos económicos se combinan con cuestiones como el valor, el sentido de amor propio y la autoestima que profundizan las tensiones y conflictos entre ambos grupos, a la vez que conforman una lucha por el ser propio que busca excluir a todo aquel que pueda jaquear la propia completud constitutiva.

En este sentido, el Apartheid combina en su propaganda racial el miedo a una revolución social que hace que el negro sea excluido bajo la consigna de un supuesto “desarrollo separado”. El régimen abarca en sus discursos el temor a las revueltas y los boicots sociales, postulando que esta política conlleva a una convivencia pacífica, que no puede lograrse si el hombre negro y el blanco siguen viviendo entrelazados. Sostiene el Primer Ministro Verwoerd:

Nuestro punto de vista es que en todas las esferas los europeos deben conservar el derecho de gobernar el país y

mantenerlo como el país del hombre blanco, no basta con que los blancos dirijan o guíen, es necesario que dominen, que posean la supremacía. Si admitimos que el pueblo desea que los blancos puedan seguir defendiéndose gracias al mantenimiento de su dominación afirmamos que ese resultado puede ser corregido por medio del desarrollo separado. Nuestro objetivo es terminar, en última instancia, con la discriminación separando cada vez más al blanco del negro (Vuknic, 2004)

El gobierno de Sudáfrica asevera que ante la imposibilidad de ser ciego frente a la realidad multirracial de la sociedad sudafricana, hay que lograr que cada grupo de población tenga el derecho de proteger su propia forma de vida, sin que ningún grupo forje sus valores y costumbres, aún más con relación a la educación, asunto exclusivo del gobierno en términos de constitución.

Esta política, que desde 1948 convierte a Sudáfrica en un verdadero estado policial, es justificada mediante un argumento invertido que, con base en la “justificación divina”, proviene del principio calvinista de la predestinación y de los preceptos del antiguo testamento que hablan del “acuerdo étnico entre Dios y el pueblo elegido”. De este modo, todo esfuerzo de oposición al Apartheid se topa con la resistencia de quienes se creen vicarios de Dios en una “cruzada” para evitar que la raza blanca pierda sus privilegios. El gobierno trata de mostrar que el destino del país está estrechamente vinculado a los conceptos de separación racial y nacionalismo como las metas superiores establecidas por Dios mismo, con el fin de preservar la raza blanca proveyéndola con todos los privilegios del poder político, económico y social.

La separación territorial de las razas blanca y negra, médula espinal del Apartheid, hace que los blancos ocupen todo el territorio y naturalmente las mejores tierras, en tanto la mayoría negra se ve reducida a los “ghettos” urbanos y a enclaves llamados “batustanes” que se traducen como “territorios patrios”. Los batustanes ocupan el trece por ciento de Sudáfrica, en las peores zonas, carentes de infraestructura económica y de beneficios sociales, y sin ningún tipo de recursos naturales, lo que se

traduce en ventajas económicas para el grupo de los blancos o establecidos.

Estas ventajas económicas, más pronunciadas mientras más desigual es la balanza de poder de los contendientes, hacen que el negro ocupe las peores tierras y obtenga los más bajos salarios; a la vez que son combinadas con ventajas de valor y autoestima que llevan al blanco a presentarse como un ser superior, pautando su relación con los negros como una relación del tipo establecidos-marginados, esto es, una figuración en donde los miembros del grupo más poderoso creen de sí mismos que son humanamente superiores a los del otro.

La inferioridad bajo control y el sacrificio de la superioridad

Todo grupo de establecidos tiende a poner en práctica ciertos mecanismos de control con el único fin de conservar su propia superioridad y privilegios ante un grupo inferior y marginado. En términos de Elias, estos medios de control implican tanto una exclusión de un afuera, considerado como anómico y hasta patológico, hasta un sacrificio personal que significa la propia sumisión de los miembros a las normas del grupo. Con este propósito, se instaura el chisme como una forma de elogio a los establecidos a la vez que se injuria a los marginados en su condición de tal, al mismo tiempo que la estigmatización se configura como una herramienta para justificar una superioridad desmedida. Por último, las barreras emocionales implican un sacrificio personal en la medida en que contienen al adentro de toda posible contaminación con un afuera humanamente inferior.

En el caso del Apartheid, estos mecanismos de control son puestos en práctica tanto para deshumanizar al negro como para contener las barreras de color ante un eventual contacto intragrupal. La población negra permanece dentro del Estado pero le es negada toda ciudadanía, libertad de movimientos y el derecho al voto. La legislación fija los lugares de asentamiento de cada grupo y los trabajos que pueden realizar, a la vez que se prohíbe cualquier

tipo de contacto social entre las razas, se autorizan las instituciones públicas separadas (como limitar determinadas playas al uso del blanco) y se impide la participación de los negros en el gobierno del Estado, los cuales no pueden permanecer más de 72 horas en las áreas blancas, estando impedidos como trabajadores de todo derecho a huelga con salarios sumamente bajos. Esta legislación, que confirma el viejo sistema de segregación racial y dominio blanco que desemboca en el Apartheid, no puede explicarse solamente por el color de piel de sus destinatarios. Si bien el hecho de que determinados hombres sean negros es un atributo ineludible o, en términos de Elias, un “[...] signo físico que sirve de símbolo tangible a la presumida anomia de otro grupo” (Elias, 1998: 112), el propósito del Apartheid supone algo que va mucho más allá y que funda un tipo de entrelazamiento entre ambos grupos: la búsqueda de un escudo protector para la raza blanca en tanto minoritaria, cuya conformación se va viendo facilitada por una permanente purga de la lista de electores negros y la creación de batustanes para los africanos.³

El Apartheid elimina toda posible categoría racial irregular mediante la prohibición total de los matrimonios interraciales, al mismo tiempo que ejerce un fuerte proceso de estigmatización canalizado en una descripción despectiva del negro, el negro es sucio, defeca en las playas, realiza prácticas obscenas, es moralmente inferior: “Dale a un grupo un nombre malo y vivirá según él” (Elias, 1998: 101). La estigmatización, para Elias, es tanto la justificación de la superioridad de un grupo como una de las razones que hace a la superioridad misma. Con capacidad de herir, la estigmatización determina, confisca, delimita, disciplina y define. A pesar de que la estigmatización requiere de otros recursos de poder, por sí sola produce conflictos y tensiones entre los emisores y receptores de la misma y, en este sentido, genera, por una

³ El Apartheid debe entenderse también como un mecanismo para dar respuesta desde el Estado a la creciente desintegración de la mano de obra negra que pone en peligro el mantenimiento de la tasa de ganancia capitalista, al mismo tiempo que su instauración no hace sino institucionalizar una práctica racista que legitima la supremacía blanca en Sudáfrica desde el mismo momento de la conquista.

parte, efectos paralizantes en los grupos menos poderosos y, por la otra, una sensación desagradable del otro en los miembros del grupo superior, que profundiza el miedo a la contaminación:

[...] el rechazo de todo contacto social algo familiar con miembros del grupo marginal presenta todas las características emocionales que en otro contexto suelen denominarse "miedo a la contaminación" [...] En consecuencia, un *insider* que tiene trato con unos marginados corre el peligro de perder estatus en su propio grupo establecido. Él o ella pueden perder el respeto de los demás miembros, podrían despertar la sospecha de que ya no participan más del valor humano superior que se atribuye al grupo (Elias, 1998: 95).

De modo que la coacción, mediante mecanismos de control, y la autoacción, en tanto autodominio consciente, se dan tanto en la relación entre establecidos y marginados como en el interior mismo de ambos. En el caso de los establecidos, sostiene Elias, su autoimagen y autoestima está condicionada por lo que otros miembros del grupo piensen y opinen de ellos. En tanto los marginados son percibidos individual y colectivamente como anómicos, esto es, inseguros, indisciplinados y anárquicos, el contacto estrecho con ellos suscita sensaciones desagradables, contamina, perturba, ensucia: "[...] los grupos marginales son vistos con frecuencia como sucios y apenas humanos" (Elias, 1998: 100). Estos atributos que el grupo superior coloca en los otros, lo que es posible en tanto ocupa posiciones de poder de las cuales el grupo estigmatizado es excluido, suelen derivar en un miedo a la vergüenza que facilita en los marginados la cosificación de su inferioridad:

El conflicto que se manifiesta en la vergüenza no es solamente un conflicto del individuo con la opinión social predominante, sino un conflicto del comportamiento del individuo con aquella parte de su yo que representa a la opinión social; es un conflicto en su espíritu; es un conflicto en el que el propio individuo se reconoce como inferior (Elias, 1989: 500).

En el Apartheid la autoacción y la cosificación de la inferioridad por el negro contribuyen al mantenimiento de un sistema que lo condena durante años a la vergüenza, el miedo y la inferioridad. El estigma social que los blancos arrojan sobre él se convierte en un estigma material, aparece como algo objetivo y, en este sentido, lo hace no merecedor de compartir convivencia con la población de raza blanca. En palabras de Elias, las acciones que los hombres ejercen unos sobre otros se transforman en autoacciones que tienen parcialmente la forma de un autodominio consciente, pero también, parcialmente, la forma de costumbres que funcionan de modo automático, esto es, son funciones que se inculcan al individuo desde pequeño en correspondencia con su inscripción en secuencias de acciones más amplias (Elias, 1989: 460). En este sentido, el Apartheid supone que desde niño, aún antes de haber desarrollado completamente su personalidad, el negro deba internalizar su inferioridad sin otra explicación que aquella que subyace a su color de piel. Así, el hombre de raza negra se ve impedido desde pequeño a acceder a ciertos espacios de la sociedad, a jugar con niños de raza blanca y a recibir una educación igualitaria, subordinándose a un destino predeterminado en el cual no sería considerado por buena parte de la sociedad como totalmente humano. Este estigma, que aparece como algo objetivo, como si hubiese sido impuesto a los marginados por la naturaleza o los dioses, hace que el grupo estigmatizador resulte absuelto de toda culpa. Sostiene el Dr. Malan –Primer Ministro de Asuntos Nativos– en un discurso a una representación nativa: "Yo miro a los bantús como nuestros niños de cuyo bienestar somos responsables [...] lo que necesitan es una rehabilitación de su propia vida nacional y no competencia, mezcla e igualdad con los blancos" (Rubio, 1952: 75). No somos nosotros, son como niños, son lo que son, este es el discurso que absuelve al estigmatizador de toda culpa y que ejerce, en referencia a un color de piel, una función objetivante.

Moviendo la balanza: un nuevo color para el poder

El sistema de comportamiento que se instaura entre establecidos y marginados y se mantiene vivo por medio de un control social riguroso y estrictamente organizado, debe entenderse como resultado de un proceso histórico y de las formas específicas de relación e interdependencia que se constituyen y se transforman en tal proceso. La década de 1980 atestigua una profunda inestabilidad del Apartheid para determinar y controlar la constitución de las fronteras políticas y la naturaleza de la división social a partir de la cual se ordena desde 1948 la sociedad sudafricana. Los diferenciales de poder que entrelazan a establecidos y marginados, en tanto un tipo específico de figuración, son puestos en jaque ante la presión de estos últimos que luchan por invertir su situación mediante la acción abierta o la presión silenciosa (Elias, 1998: 115). De este modo, lo que en 1980 comienza como una crisis coyuntural adquiere gradualmente la profundidad necesaria para poner en tela de juicio la regulación del comportamiento y las prohibiciones vigentes en la sociedad.

Como resultado de este proceso y de la implementación de estrategias inadecuadas para mantener el control de una superioridad por parte del régimen, los últimos años de la década del ochenta son testigos de diferentes movimientos de resistencia, con el propósito de cuestionar las bases sobre las cuales se constituye el sistema de segregación y explotación racial.

La presión silenciosa de los marginados, ahora en manos de dirigentes negros que purgan por la incorporación de los derechos políticos de su raza mediante acciones abiertas, supone un movimiento de la balanza de poder que da lugar en 1994 al primer presidente negro de Sudáfrica. El levantamiento de las sanciones a las organizaciones políticas opuestas al Apartheid y la legalización del Congreso Nacional Africano (ANC), dirigido por Nelson Mandela, son los primeros resultados de un largo camino de luchas para dismantelar el poder de los blancos.

Situaciones muy diversas actúan como puntos de fisura, tensiones y conflictos entre establecidos y marginados, al mismo tiempo que el grupo de los establecidos ve reducida su superioridad a causa de una eventual pérdida o debilitamiento de sus medios de control social. Las presiones externas – principalmente de las Naciones Unidas– más una fuerte oposición por parte del ANC, conllevan la supresión del Apartheid que, si bien significa el ascenso de la población negra al poder político gracias a las elecciones multirraciales celebradas en 1994, no elimina totalmente los problemas sociales productos de años de estigmatización y autocoacción. Sin embargo, el poder parece empezar a teñirse de color negro y un nuevo tipo de entrelazamiento delinea el futuro de establecidos y marginados.

Referencias Bibliográficas

- Bissio, Beatriz (1977), "Sudáfrica: la crisis del Apartheid" en *Nueva Sociedad*, 31-32, pp. 231-240.
- Benítez, Juan (1981), *El Apartheid*, La Habana, Gente Nueva.
- Elias, Norbert (1989), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Elias, Norbert (1982), *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa.
- Elias, Norbert (1998), *La sociedad de los padres y otros ensayos*, Bogotá, Grupo Editorial Norma.
- García, Rubio Leandro (1952), "Problemas en África del Sur" [On line] Disponible en: http://www.cepc.es/rap/Publicaciones/Revistas/13/RPI_009_071.pdf
- Naciones Unidas. "Convención Internacional sobre la represión y el castigo del crimen del Apartheid". Resolución 3068 (XXVIII) [On line] Disponible en: <http://www.un.org/spanish/documents/ga/res/28/ares28.htm>. 30 de noviembre de 1973.
- Norval, Aletta (1996), *Deconstructing Apartheid Discourse*, Londres, Verso.
- Sandoval Gessler, Enrique (2002) "El tema de la marginalidad en dos dramaturgos contemporáneos: Athol Fugard y Juan Rodrigán" [On line] Disponible en: <http://www.revistapolis.cl/3/sandoval3.pdf>.
- Segal, Ronald (1964), *Perfiles Africanos*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Vuknic, Melina. (2004) "La República sudafricana y las secuelas del Apartheid" [On line] Disponible en: <http://www.lainsignia.org/2004/abril/int006.htm>.